

Desde el año 910 al 931 que pasaron los reinados de D. García I, don Ordoño II, D. Fruela II, y D. Alfonso IV el Monje, no hay memoria original de Bizcaya, por lo que se puede asegurar que el Señorío bizcaino no estaba subordinado á los monarcas leoneses, galaicos ó asturianos.

No es cierto que el D. Sarracino Núñez que confirmó en 1.^º de Diciembre una donación del rey D. Ordoño II á la iglesia de Mondóñedo, y otra en 17 de Agosto de 916 al monasterio de San Salvador de Lerez, fuese señor de Bizcaya, como tampoco el que D. López Sarracínez, hijo de D. Sarracino Núñez, lo fuese en el reinado de don Ramiro II, pues faltan memorias en su favor. Semejantes patrañas como son las contrarias de las que apuntamos, son producto del venal, desahogado y falsario escritor D. Juan Antonio Llorente en sus Memorias Históricas.

FERMÍN HERRÁN.

EL VIGÍA

Ya desde alto confín la noche oscura
Tiende sobre la cumbre y la llanura
 Su vuelo sin rumor;
Cual, cerrando pupila soñolienta,
Bate sobre el peñasco en que se asienta
 Sus alas el condor.

Y allá, sobre el azul de las esferas,
Tendidas sus doradas cabelleras,
 Los astros lucen ya,
Trémulos como puros luminares
Que brillan en los místicos altares
 Del Santo Jehová.

El dulce soplo de la paz augusta
Borra en la frente pálida y adusta
La sombra del dolor;
Y dormida en el pliegue de su manto,
Sonríe el alma al fugitivo encanto
De ensueño bienhechor.

Dormid los tristes que apurais el duelo;
Mientras yo, sólo y olvidado, velo
Al pie de mi fanal,
Avivando su llama que ya espira,
Mientras suave y silenciosa gira
La esfera de cristal.

De este peñón oscuro solitario,
Sobre rocas que imitan un osario,
Y envuelto en mi capuz,
Soy imagen del ave plañidera,
Que bate sin rumor su ala ligera
En torno de una luz.

Con su largo suspiro soñoliento
En mis oídos, fatigado el viento,
Remeda una canción,
Mientras, con ritmos débiles, se agita
La flor abandonada, y hoy marchita,
Que cuelga del peñón.

Yo de pie sobre el rústico picacho,
Miro la onda que agita su penacho
Como águila del mar,
O lame dulcemente las orillas,
Como un triste que besa de rodillas
La grada del altar.

Yo al abrigo de pardos murallones,
Escucho el galopar de los ciclones,
Su trompa y su clarín;

Y al cruzar un relámpago la esfera,
le veo tremolar como bandera
 La nube del confín.

Bajo el húmedo toldo de las brumas,
Azotan inclementes las espumas
 Mi viejo torreón;
Y ruedan, desplomadas de lo alto,
Como hueste deshecha en un asalto
 Que abate su pendón.

Sólo el recio batir del oleaje
Conmueve del peñón agrio y salvaje
 La frente colosal,
Que al tumultuoso choque se despierta,
Y al rumor de la lucha siempre alerta,
 Enciende su fanal.

Él por la oscura inmensidad vigila
El trabajoso rumbo en que vacila
 Jadeante algún vapor;
Y sus faros se cruzan frente á frente,
Cual ojos que se envían tristemente
 Miradas de dolor.

Allí está el hombre de su Dios hechura,
Devorando con trágica amargura
 Su sino harto cruel;
Y en su alcázar de hierro bambolea,
Cual soldado que cae en la pelea
 Al bote del corcel.

Mas de nuevo en su ruina se endereza;
Vuelve al cielo su indómita cabeza;
 Su grito lanza en pos;
Y arroja á las rompientes su navío,
Al sentir en su pecho el poderío
 De un soplo de su Dios.

¡A vencer! En la oscura chimenea,
Mariposa de lumbre, centellea
La llama de carbón,
Tiembla el casco entre líquidas montañas,
Mientras ruge con ira en sus entrañas
Su ardiente corazón.

De la onda azul en el quebrado espejo
Brilla, al través, su pálido reflejo
De errante luminar;
Y remonta en silencio el rudo islote,
Sufriendo en su costado el vivo azote
Del viento y de la mar.

Luego... se extingue su visión lejana!
Mis ojos desde la honda barbacana
Le llegan á perder;
Y yo escucho, á través del Oceano,
El adios dolorido de un hermano
que nunca ha de volver.

¿Dónde va por el líquido desierto?
Busca el fanal del abrigado puerto,
Refugio del amor,
Allí donde le esperan y le llaman
Los suspiros que entibian y embalsaman
Las horas del dolor.

Allí donde al abrigo de una loma,
Cual solitaria y nitida paloma,
Blanquea el dulce hogar,
Donde sueña la fe días tranquilos,
Al rumor de los olmos y los tilos
Y al cántico del mar.

Donde la vid, que en los estios grana,
Tiende sobre la rústica ventana
Su toldo de verdor,

En que al tibio crepúsculo reposa
La blanca y fugitiva mariposa
Que va de flor en flor.

¡Sueños, huid! La tromba que se espesa,
De mi farol amaga la pavesa
Que oscila al vendaval;
Y al huir del chubasco que la azota,
Con graznido estridente, la gaviota
Repite su señal.

He aquí mi suerte: consumir á solas,
Al rumor de los vientos y las olas,
Mi triste juventud,
Donde arrullan tan sólo mis oídos
Esas aves que pueblan con sus nidos
Las grietas del talud.

F. DE ITURRIBARRÍA,
Presbítero

Bilbao, Febrero, 1898.

